

Tedesco, J. C. 2018. Clases sociales, conflictividad social y teoría sociológica. Una senda a retomar. *Red Sociales, Revista del Departamento de Ciencias Sociales, Vol. 05 N° 02*: 96-117.

CLASES SOCIALES, CONFLICTIVIDAD SOCIAL Y TEORÍA SOCIOLÓGICA. UNA SENDA A RETOMAR.

Julio César Tedesco

Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Luján
julio_tedesco@yahoo.com.ar

RESUMEN

Desde sus inicios, la teoría sociológica ha conceptualizado lo social como una totalidad, incluyendo en su arsenal las nociones más relevantes sobre la dinámica y el cambio social. En esa trayectoria, conceptos como clase social y conflicto social, vinculados aunque de diferente nivel de análisis, devinieron en clave explicativa primordial de los procesos sociales, en un contexto signado por la contradicción capital-trabajo. Empero, desde los años '60, y ante las variadas formas de conflictividad social emergentes, entre el clásico debate entre el funcionalismo que registra el conflicto como situación episódica, ajena a la «normalidad», y el enunciado del conflicto social como ley histórico-social característico del marxismo, se han revitalizado las teorías del conflicto social ancladas desde la perspectiva del actor, que apela a representaciones individualistas de la conflictividad, con conceptos como identidad, oportunidad y formas singulares de la acción, que han terminado por desacreditar la relevancia de la totalidad y de la explicación estructural en la conflictividad social, así como desplazar los sujetos de clases «tradicionales» por nuevos colectivos y sujetos sociales.

Palabras clave: Teoría sociológica – Totalidad social - Clases sociales – Conflicto Social – Relación social.

SOCIAL CLASSES, SOCIAL CONFLICTIVITY AND SOCIOLOGICAL THEORY. A SEND TO RETURN.

ABSTRACT

Since its inception, sociological theory has conceptualized the social as a whole, including in its arsenal the most relevant notions about dynamics and social change. In this trajectory, concepts such as social class and social conflict, linked although of different levels of analysis, became the key explanatory key of social processes, in a context marked by the capital-labor contradiction. However, since the 60s, and before the various forms of emerging social conflict, between the classic debate between functionalism that registers conflict as an episodic situation, alien to "normality", and the statement of social conflict as a historical law- social characteristic of Marxism, theories of social conflict anchored from the perspective of the actor, which appeals to individualist representations of conflict, have been revitalized, with concepts such as identity, opportunity and singular forms of action, which have ended up discrediting the relevance of the totality and of the structural explanation in social conflictivity, as well as displacing the subjects of "traditional" classes by new collectives and social subjects.

Keywords: Sociological Theory – Social Totality - Social clases - Social conflict- Social relationship.

1. Algunas coordenadas introductorias

Uno de los rasgos que constituye al análisis sociológico como forma sistemática de indagación respecto del desenvolvimiento de lo social, es su incesante esfuerzo por detallar con precisión el concepto de "sociedad", objeto que la sociología ha ido conceptualizando como totalidad a partir de tradiciones teóricas diversas, cuyo prisma analítico ha hecho de los análisis desde la estructura social, los sistemas sociales o las instituciones sociales, como también la explicación de las tensiones internas y las potencialidades de cambio, parte de un arsenal de nociones que hizo de la flamante ciencia sociológica un tipo de conocimiento que rompe, epistemológicamente, con la matriz atomista de la filosofía racionalista del siglo XVIII, el individualismo dieciochesco de la ilustración.

A partir de dicho esfuerzo, en tanto la realidad social no es evidente por sí misma (y de allí, por tanto, la necesidad del conocimiento científico), la noción de cambio o *transformación social* operó durante buena parte de los siglos XIX y XX como un paradigma cognitivo ordenador del análisis de lo social, abriendo paso entonces, al desarrollo de un conjunto de herramientas teórico-metodológicas constitutivas de la

reflexión y la observación metódica del desenvolvimiento de lo social, y con ello, el avance de la sociología en el ámbito del pensamiento social.¹

Sean de carácter emergente o relacional, y más allá de que ciertamente la sociología ha dado lugar a la elaboración y reelaboración continua de interpretaciones y enfoques teóricos diversos (donde la justeza de cada orientación no depende únicamente de su consistencia lógica interna, sino también de las circunstancias sociohistóricas que condicionan su progreso o estancamiento, su aceptación o rechazo), la problemática de la conflictividad social, sea que se trate de la «sociedad moderna», la «sociedad industrial» o la «sociedad capitalista» (para utilizar la codificación que frecuentemente aparece en los clásicos), se convirtió en eje fundamental de la reflexión sociológica.

Sin embargo, he aquí una (aparente) paradoja. El lugar y la importancia que la teoría social le asignó a dicha conflictividad en la dinámica social terminó por constituirse en una divisoria de aguas al interior de la perspectiva estructural de la sociología clásica, predominante hasta el primer tercio del siglo XX fundamentalmente, en tanto el conflicto es visto como elemento integral del proceso de estructuración y reproducción de la sociedad, o como resultado de la competencia entre intereses individuales diversos.

En otras palabras: la sociología alineada con la burguesía, tomando distancia de la centralidad que Marx y Engels (y el pensamiento socialista) le otorgan a las clases y sus luchas, va definiendo un perfil a través de la investigación de la dualidad integración-disgregación social que termina por articular una explicación global de la sociedad, la estructura social y la integración al «sistema social», donde la estabilidad sistémica se define, principalmente, en relación a la magnitud e intensidad desplegadas en la conflictividad social.

Subyace en este enfoque, asimismo, el supuesto de que la intensidad de los conflictos expresan fenómenos potencialmente desorganizadores del equilibrio de los vínculos sociales. De allí que varios investigadores postularan como horizonte de la naciente sociología el promover la «armonía social», como en el caso de la compleja obra de Emile Durkheim, que postula la investigación de las fuerzas colectivas que tienen al orden y la cohesión social, o en la reinterpretación funcionalista de la tradición durkheimiana realizada por Talcott Parsons, quien revalida la idea del conflicto como anomalía social.

He aquí la paradoja de la sociología clásica en su formulación burguesa: si en sus orígenes estableció una ruptura epistemológica con la matriz individualista del pensamiento contractualista y liberal, en el ámbito de los supuestos sobre el orden social se establece una clara continuidad con la concepción de la tendencia «natural» al equilibrio, a una suerte de

¹ Alcañiz Moscardó, M. (2004); «Genealogía del cambio social»; en *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*; año/vol.3; n° 2; pp. 7-20.

autorregulación del orden social o armonización de las partes y el todo, desplazando entonces las nociones del conflicto y la violencia al ámbito de lo «anormal» o lo «desviado».

Claro está, si los conflictos sociales fueron considerados, tempranamente, síntoma de una latente fragilidad societaria, también se desplegaron enfoques que, como en el caso del que inauguraron Karl Marx y Friedrich Engels, lo concibieron como dinámica fundamental del cambio social, progresivo o revolucionario.

Así, mientras los jóvenes hegelianos profundizaron sus investigaciones sobre la conflictividad orientada por un programa y una práctica política, asociada fuertemente a una teoría, surgieron alternativamente sociólogos que postularon la potencialidad de las disputas en la transformación de la vida colectiva, pero dentro del orden, visión que registra un amplio abanico de propuestas para asumir el efecto positivo del conflicto en la conservación institucional y la cohesión social, en la medida en que puedan constituirse organizaciones capaces de incluir las demandas sociales, gestionar el conflicto y reformar estructuras que eviten la «anarquía».

Como afirman Fernando Álvarez Uría y Julia Varela, la relación entre la teoría sociológica y el conflicto se abre paso entre las tensiones sociales de la democracia y el capitalismo, entre el pensamiento conservador, el liberalismo y, en la vereda opuesta, el socialismo. Es por ello que, apenas iniciado el recorrido, teoría sociológica y conflicto social se expresan en un mosaico teórico en debate sistemático con el desafío intelectual que representa el marxismo, en un contexto signado por las luchas obreras. La sociología “[...] se desarrolló y estableció definitivamente como un intento de enfrentarse a los problemas sociales, morales y culturales del orden económico capitalista, bajo la sombra de un movimiento obrero militante y de una amenaza más o menos inmediata de socialismo revolucionario...”²

En el devenir de esta tensión, empero, aparecieron tendencias que buscaron descomponer la teoría general en elementos más simples, con hipótesis más particularizadas, una búsqueda de alternativas conceptuales que terminaron por cuestionar la fuerza originariamente asignada al «sistema» o la «totalidad social», abordajes en el que sobresale la perspectiva centrada en los actores, mirada que tendió, finalmente, a ser hegemónica entre los teóricos burgueses del conflicto social durante la última parte del siglo pasado.

2. Un problema teórico abierto

Como podemos advertir, la conceptualización de las clases sociales (y del conflicto social al que se liga), conceptos liminares de la teoría sociológica, resulta un problema

² Therborn, Ghöran; (2004); *“Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y el materialismo histórico”*; Madrid; Siglo XXI; 1980; pp.140-141.

teórico abierto. Como tal, no tiene una única resolución posible; al contrario, puede ser explorado en direcciones diversas. Y tal vez esta aparente irresolución sea la mayor virtud del problema, pues nos invita a pensar constantemente en él.

En un sugerente trabajo publicado en 2009 (antecedente mediato, podríamos decir, del presente escrito), Daniel Piccinini ofrece una aproximación detallada de la categorización clásica de las clases sociales en la teoría sociológica, al tiempo que, cartografiando las nuevas teorizaciones del último tercio del siglo XX (así como las diferentes determinaciones objetivas y subjetivas de las clases bajo el desarrollo capitalista actual), subraya convenientemente la vigencia heurística de las teorías de las clases sociales, como clave interpretativa, de algunas de las formas en las que se desenvuelve actualmente el capitalismo “avanzado” o “postindustrial”.³

Los alcances de dicho trabajo nos han permitido asumir que existen diversas instancias y grados de conocimiento e interpretación de lo social, condicionadas a su vez por las etapas precedentes,⁴ además de advertir que las situaciones conflictivas han constituido un impulso decisivo para el desarrollo de la sociología en particular, y de la teoría social en general.⁵ Así, los cambios en las estrategias de producción, en las formas de organización de la producción capitalista, en las tecnologías de comunicación e información y en las perspectivas culturales e ideológicas del «capitalismo avanzado» que, efectivamente, han diversificado las formas de conflictividad, todo ello no supone el abandono de las explicaciones estructurales que imputan el conflicto como constitutivo de toda sociedad en proceso dinámico y de cambio.

En relación a ello, los objetivos de este artículo son introductorios, y el itinerario que proponemos para el presente escrito es rastrear, apenas descriptivamente, algunas de las matrices teóricas más refinadas en el análisis funcionalista del conflicto social, así como algunas de las nuevas argumentaciones que se inscriben en la línea de la acción colectiva y de los nuevos movimientos sociales, es decir, mapear brevemente algunas de las argumentaciones alternativas, fundamentalmente a la teorización marxengelsiana “clásica”, de las clases sociales y sus luchas.

³ Piccinini, Daniel (2009); “*De regreso a Ítaka: las clases sociales en el capitalismo actual*”; en Goldwaser, B., Néspolo, E. y Ramos, M. (Editores) *Espacios, tiempos y sociedades*; Año I; n°1; Departamento de Ciencias Sociales; UNLu; pp. 217-250.

⁴ Piaget, Jean; “*Estudios sociológicos*”; Editorial Planeta – De Agostini; Barcelona; 1986. En el mismo sentido: “...no sólo los estadios sucesivos de la construcción de las diferentes formas del saber son secuenciales –es decir, que cada uno es a la vez resultado de las posibilidades abiertas por el precedente y condición necesaria de la formación del siguiente-, sino, además, cada nuevo estadio comienza por una reorganización, a otro nivel, de las principales adquisiciones logradas en los precedentes...” Piaget, J. y García, R.; “*Psicogénesis e historia de la ciencia*”; Siglo XXI Editores; México; 2004; p.9.

⁵ Piccinini, Daniel; “*De regreso a Ítaka: las clases sociales en el capitalismo actual*”; *op.cit.*; pp.218/219. También Riechmann, J. y Fernández Buey, F.; “*Redes que dan libertad*”; Editorial Paidós; Barcelona; 1994; cap.1: “*Hacia un marco teórico para el estudio de los nuevos movimientos sociales*”; p.16.

Dada la complejidad de la problemática de las confrontaciones sociales (sean estas abiertas o en estado latente), y considerando que la tradición marxengelsiana y su esquema de burguesía y proletariado como dos fuerzas sociales que se oponen ha sido recuperado críticamente por autores como Ralph Dahrendorf, o puesto en relación con la teoría de la guerra y la definición de dos bandos en Karl von Clausewitz, hemos preferido dejar para un siguiente escrito (en elaboración) el abordaje sistemático de los problemas epistemológicos que sobre la teorización de las clases y los enfrentamientos sociales pueden localizarse en la literatura marxista, y aún en otras matrices interpretativas, que pueden incluir, además de las recién mencionadas, la teoría de las relaciones sociales de lucha en Georg Simmel.

3. Brevísimos itinerario histórico social de la teoría de las clases de la segunda mitad del siglo XX

En los años '60 y '70 del siglo pasado, en Europa y Estados Unidos fundamentalmente, comienzan a desarrollarse y multiplicarse los movimientos sociales que protagonizan demostraciones de fuerza que terminan por convencer a numerosos investigadores sociales que los mismos presentan, en sus rasgos fundamentales, toda una serie de rasgos novedosos de los cuales la producción teórica de las ciencias sociales debe dar cuenta con un nuevo instrumental teórico-metodológico.

En ese contexto surge la tematización de los “nuevos movimientos sociales” y de la “acción colectiva”, es decir, un esfuerzo intelectual por dar cuenta del surgimiento de fuerzas sociales que no constituyen, a los ojos de estas nuevas generaciones de investigadores, ni mero comportamiento colectivo anormal ni organización clasista, sino que serían multifacéticas y heterogéneas acciones colectivas, tanto en su conformación como en sus objetivos.

Por supuesto, resulta una empresa inabarcable de acuerdo a las coordenadas del presente escrito, cartografiar exhaustivamente las diferentes caracterizaciones teórico-empíricas de la protesta y del conflicto social, pero sí podemos trazarnos como horizonte inmediato unos breves comentarios respecto de algunos de los aportes teóricos más relevantes de las versiones teóricas predominantes en los últimos años.

Para ello, iniciaremos el recorrido con los esfuerzos de actualización de la sociología del conflicto social en Lewis Coser, para luego avanzar con los aportes de las nuevas formulaciones que comienzan a desarrollarse en aquellos años '70 del siglo XX, en particular dos: los de la sociología norteamericana, que inicia un camino de análisis de la acción colectiva y de los movimientos sociales en torno del análisis de la “política contenciosa” o “de contestación” y “la movilización de recursos”; y los de la escuela europea, que aún en su diversidad de perspectivas, tiende a enfatizar la investigación sobre

la construcción de identidades y redes de relaciones solidarias alrededor de las acciones colectivas.⁶

4. El conflicto y el cambio social en la sociología de Lewis Coser

Tomando distancia del estructural-funcionalismo de Parsons, Coser postula la necesidad de abandonar el enfoque según el cual el conflicto social es, esencialmente, una conducta desviada, en tanto se trata de elementos que producen funciones que no responden al principio de integración social. Por ello, concentrando sus esfuerzos en la resolución teórica de algunos postulados del funcionalismo, enfatiza la necesidad de reformular las nociones de esta corriente referidas al conflicto social.

Si bien reconoce como fructífera la distinción parsoniana entre cambios dentro del sistema y cambio de sistemas⁷, se postula que los conflictos sociales pueden resultar funcionales al “sistema social” si promueven un ajuste mutuo de participantes, grupos y estructuras sociales: “*El cambio de sistema puede ser el resultado (o la suma total) de cambios previos dentro del sistema*”, de modo que el cambio de sistema no siempre resulta brusco y simultáneo, pues podría existir una paulatina transformación del sistema como resultado de un *cambio gradual*.⁸

De modo que, aunque la lógica de Coser no deja de registrar el conflicto social como una situación episódica, y *a priori*, una situación negativa, el esfuerzo teórico se concentra en mostrar la positividad de las funciones del conflicto. He aquí, entonces, la mayor virtud de nuestro autor: poner en relación *cambio y conflicto social*.

Así, en su breve descripción de la explicación por el conflicto entre grupos que Marx ofrece para el conflicto entre señores y siervos y la disolución de las relaciones sociales feudales, por ejemplo, Coser señala que “...*cada sistema social contiene elementos de tensión y de conflicto potencial; si el análisis de la estructura social de un sistema ignora estos elementos y se centra únicamente en el ajuste de relaciones pautadas, no es posible anticipar el cambio social básico...*”⁹ Así pues, el conflicto social es, para Coser, un componente inescindible del conjunto de entramados que constituyen las relaciones sociales.

Localizamos aquí el punto de partida de su “programa de investigación sociológica”, por así decir, del conflicto: no todos los conflictos conducen a la

⁶ Riechmann, J. y Fernández Buey, F.; “*Redes que dan libertad*”; *op.cit.*; p.23. También Schuster, Federico et al; “*Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003*”; Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA; Documento de Trabajo n°48; Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPsAC); Mayo de 2006; en particular pp.7 y 17.

⁷ Coser, Lewis; “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; en “*Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*”; Amorrortu; Bs.As.; 1970; p.23.

⁸ Coser, Lewis; “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; *op.cit.*; p.34.

⁹ Coser, Lewis; “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; *op.cit.*; p.31.

desintegración de los lazos y de las estructuras sociales; al contrario, algunos incluso pueden fortalecerla, siempre y cuando se trate de un enfoque del conflicto que incorpore los antagonismos sociales como algo más que una simple *desviación*, puesto que la conducta conflictiva de actores y/o grupos sociales *es una función de otras variables del sistema*.¹⁰

El criterio de nuestro autor subraya entonces que la teoría sociológica tiene que ocuparse expresamente del conflicto social y no conceptualizarlo con expresiones vagas e imprecisas tales como “violencia” o “tensiones”, términos que no dejan de poseer una referencia estructural y que, por ello mismo, *obstaculizan la inclusión en la investigación de los sujetos y las organizaciones*.

Si bien Coser advierte que en el conflicto social debe distinguirse entre aquellos que son una simple desviación respecto de las normas sociales, de otros que “*implican la formación de pautas distintivas y nuevos sistemas de valor*”¹¹, lo cierto es que los sistemas sociales varían según el grado de conflicto y tensión, y de allí la inadecuación del término “desviación”, en tanto que “rigidez del sistema” e “intensidad del conflicto” son *variables interdependientes*, y por ello resulta lícito postular que hay conflictos que promueven mecanismos de relajamiento de las tensiones sociales y, por tanto, restablecen el equilibrio del sistema.

Un claro ejemplo de esta hipótesis, que podríamos denominar “del equilibrio espontáneo de las estructuras”, es la descripción que Coser ofrece del “movimiento cartista” impulsado por los obreros ingleses en las décadas que siguen a 1830. Con dicho movimiento, que incluye “la violencia y los tumultos”, las “clases bajas” lograron sensibilizar “...a las clases altas a la necesidad de la reconstrucción social en defensa de un edificio social sobre el que deseaban continuar teniendo plena autoridad...”¹² De modo que la acción social, organizada por las masas obreras en la Inglaterra decimonónica, ha contribuido en la modificación de la estructura social, preservando al mismo tiempo el sistema social.

Subyace aquí la formulación sociológica que respecto de los “estallidos de violencia” Coser ha intentado construir, intentando sortear el carácter irracional que se les otorgaba. Por ejemplo, refiriéndose al movimiento luddista en la Inglaterra de las primeras dos décadas del siglo XIX, Coser consigna que “...*Hobsbawm usa la oportuna expresión «negociación colectiva por medio del tumulto» para describir este tipo de destrucción de*

¹⁰ “...según el tipo de estructura y según las pautas de movilidad social, de adscripción y adquisición de status y de distribución del poder y la riqueza escasos, así como el grado en que los actores componentes acepten dentro de diferentes subsistemas una forma específica de distribución de poder, recursos y status. Pero si dentro de alguna estructura social existe un exceso de demandantes sobre las oportunidades de adecuada gratificación, surgen la tensión y el conflicto.” Coser, Lewis; “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; *op.cit.*; p.32.

¹¹ Coser, Lewis; “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; *op.cit.*; p.36.

¹² Coser, Lewis; “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; *op.cit.*; p.84.

*máquinas [...] en un período en que la actividad gremialista estaba reprimida y por lo tanto resultaba imposible hacer convenios colectivos ordinarios, los trabajadores recurrieron a la violencia destructora a fin de hacerse oír por los patrones. Lejos de estallidos irracionales y fuera de la realidad, fueron por cierto, actos sumamente realistas que intentaban expresar demandas específicas. La destrucción de las máquinas servía tanto como medio de presión sobre los patrones como de solidaridad entre los trabajadores...”*¹³ Como vemos, las formas violentas de lucha, para Coser, revelan la ausencia de canales de comunicación antes que una desviación o “*un estallido irracional de destructividad y violencia*”.¹⁴

Podemos asumir de la interpretación que ofrece Coser de estos ejemplos históricos, en síntesis, que para su sociología del conflicto social la relación estructura-función queda a salvo, pues la intervención, regulación y/o institucionalización del conflicto *impulsa la eficacia vincular del sistema social*, y de allí el carácter funcional del conflicto, pues en su tematización se trata de la resolución de necesidades sectoriales y no de la posible modificación sustancial del sistema social mismo.

De modo que el enfoque de la acción colectiva en Coser no abandona totalmente la configuración teórica en torno de un acontecimiento excepcional, que tiene por función restablecer el orden alterado, en tanto su enfoque vincula la acción colectiva en estrecha relación al orden social o, mejor, las fallas de los mecanismos de integración normativa a lo social. Su sociología del conflicto social, por tanto, continúa anclada en las premisas teóricas del funcionalismo. Por ello, termina por descuidarse la explicación de los procesos mediante los cuales las determinaciones inducidas por el cambio social pueden devenir en movimientos sociales e insurrecciones de carácter antisistémicas.

5. Luchas sociales y emergencia de nuevos modelos teóricos

Del conjunto de críticas que hacia fines de la década de 1960 comienzan a multiplicarse respecto del enfoque funcionalista, interesa resaltar el abandono progresivo del postulado de la no existencia de un dilema excluyente entre el conflicto y el cambio social y los procesos de los sistemas sociales estabilizados, por considerarlo inadecuado para el abordaje científico del conjunto de fenómenos sociales que, en un contexto signado por la centralidad cada vez mayor de diversos movimientos de protesta, fundamentalmente en Estados Unidos y Europa (el movimiento por los derechos civiles en EEUU y contra la guerra de Vietnam; el movimiento estudiantil y los movimientos ecologistas, de minorías sexuales y mujeres, entre otros), contribuyen en sumo grado para advertir que la teoría sociológica, tal como se ha desarrollado en clave funcionalista, obstruye el análisis de los problemas del movimiento, del conflicto y del cambio social.

¹³ Coser, Lewis; “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; *op.cit.*; p.97.

¹⁴ Coser, Lewis; “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; *op.cit.*; p.98.

De modo que son los enfrentamientos sociales concretos de los años ´60 y ´70 del siglo pasado, que se libran en diferentes regiones del mundo, el movimiento de lo social o “subsuelo de la política”¹⁵, es decir, las prácticas de sujetos colectivos que comienzan a desbordar las formas “estables de la política”¹⁶, las que imponen las necesidades de actualización teórica y empírica de la teoría social.

“...*Un movimiento social empieza a configurarse cuando la acción colectiva empieza a desbordar los lugares estables de la política, tanto en el seno de la sociedad civil como en el del estado...*”, observa Tapia. Y continúa: “...*Lo característico de un movimiento social es que no tiene un lugar específico para hacer política sino que, a partir de algún núcleo de constitución de sujetos, organización y acción colectiva, empieza a transitar y politizar los espacios sociales con sus críticas, demandas, discursos, prácticas, proyectos...*”¹⁷

Este señalamiento de Tapia permite localizar lo que constituye uno de los elementos de mayor relevancia de los discursos teóricos que comienzan a multiplicarse junto con la intensificación del movimiento de lo social de los años ´60 y ´70: se trata de una conflictividad social que no encuentra anclaje, directamente, en la tematización “tradicional” del antagonismo entre capital y trabajo o, dicho en otros términos, se trata de “...*actores colectivos emergentes cuyas características parecían requerir de nuevos conceptos para su identificación y análisis...*”¹⁸ y que, por tanto, permiten advertir un escenario de relativo desconcierto intelectual que motivó el desarrollo de nuevas corrientes teóricas cuya influencia llega hasta nuestros días.

Amplíemos brevemente esta última consideración. Si asumimos que para los años ´60 (al menos para Europa occidental y EEUU), la clase obrera se encuentra “ciudadanizada”, es decir, que su capacidad de organización, lucha y constitución como clase, con triunfos y derrotas parciales, es paulatinamente institucionalizada en el seno de las instituciones político-sociales de la sociedad capitalista y, de este modo, conquista un conjunto de derechos políticos y sociales que, al menos formalmente, la *integran* de modo estable a la práctica política *dentro y fuera* del estado de la sociedad capitalista¹⁹, lo característico de los movimientos que se incluyen en el ciclo de protestas²⁰ de los años ´60 y ´70 es su

¹⁵ Tapia, Luis; “*Política salvaje*”; CLACSO; La Paz; 2008; p.86.

¹⁶ Tapia, Luis; “*Política salvaje*”; *op.cit.*; p.55.

¹⁷ Tapia, Luis; “*Política salvaje*”; *op.cit.*; pp.55/56.

¹⁸ Viguera, Anibal; “*Movimientos sociales y lucha de clases*”; en *Revista Conflicto Social. Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social*; Instituto de Investigaciones Gino Germani; FSOC UBA; Año 2, número 1; Junio de 2009; p.9.

¹⁹ La distinción corresponde a Tapia, Luis; “*Política salvaje*”; *op.cit.*; pp.53/54.

²⁰ La noción de “ciclo de protesta” está tomada de Tarrow, Sidney; “...*fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizadas a los menos movilizadas; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden*”

diferenciación respecto de la acción colectiva del movimiento obrero (de la cual el marxismo produjo una rica multiplicidad de investigaciones y enfoques en su interior), así como su capacidad para revelar como inadecuado el arsenal teórico funcionalista que reduce estas acciones colectivas a conductas “anómalas”, “anómicas” o “irracionales”, “simple” expresión de un desfase entre los procesos de modernización que impulsan profundos cambios sociales y los procesos de institucionalización que operan en un ritmo menos intenso que los cambios, dando lugar entonces a nuevas presiones y demandas que, finalmente, serán reconocidas políticamente, tal como hemos visto en el caso de Coser.

En realidad, siguiendo a Tapia, estas acciones colectivas expresan o evidencian un carácter disruptivo respecto de aquello que para la sociedad no está “visibilizado”, y en tanto la práctica política es “acción y movimiento en el tiempo”, “...*los movimientos sociales suelen hablar de algo que no tiene lugar en la sociedad, sobre la ausencia de algo deseable, cuya consecución se busca y conquista en el movimiento y en la reforma de los espacios políticos existentes...*”²¹

Como explica Tapia²², la acción colectiva ensancha la participación política en los Estados modernos o, en términos de Tarrow, la “acción colectiva contenciosa” supone acciones más o menos disruptivas por parte de grupos no institucionalizados que intentan satisfacer demandas y/o derechos y que, en su devenir práctico, suponen la irrupción en la dinámica de las sociedades²³. Por tanto, la acción colectiva no se reduce a una simple función del sistema.

Se desarrollan entonces intentos varios de actualización teórica a partir de los denominados “movimientos sociales”, expresión que intentaba captar la novedad respecto de formas de organización y representación de sujetos colectivos anteriores como los partidos políticos y los sindicatos. El concepto de *movimiento social* permite localizar instancias sociales que otorgan continuidad a las acciones colectivas y, con ello, al cambio social. Si bien el movimiento social no implica, necesariamente, la institucionalización de las acciones

terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución...”Tarrow, S.; “El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política; Alianza Editorial; Madrid; 1997; pp.263/264.

²¹ Tapia, Luis; “Política salvaje”; op.cit.; p.56.

²² Tapia, Luis; “Política salvaje”; op.cit.; p.85 y ss.

²³ En palabras de Tarrow: “...El acto irreductible que subyace a todos los movimientos sociales y revoluciones es la acción colectiva contenciosa (...) [la misma puede localizarse] cuando es utilizada por gente que carece de acceso regular a las instituciones, que actúa en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas y que se conduce de un modo que constituye una amenaza fundamental para otros. Da lugar a movimientos sociales cuando los actores sociales conciertan sus acciones en torno a aspiraciones comunes en secuencias mantenidas de interacción con sus oponentes o las autoridades. La acción colectiva contenciosa es la base de los movimientos sociales...” Tarrow, S.; “El poder en movimiento”; op.cit.; p.19.

colectivas, las viabiliza para aquellos sujetos sociales que no tienen acceso a los ámbitos de decisiones políticas en términos de enfrentamiento e, incluso, antagonismo social²⁴.

Como forma específica de *acción colectiva*, el *movimiento social* se caracteriza por su heterogeneidad interna, dado que sus integrantes no necesariamente pertenecen a la misma clase o fracción social. Además, su forma de organización y lucha difiere de las clásicas del movimiento obrero por un mayor grado de flexibilidad en sus objetivos, formas organizativas y diferentes grados de compromiso en la práctica concreta que deben desarrollar sus integrantes.²⁵

Atendiendo a estas premisas, la concepción del movimiento social como sistema de acción resultó ser, además, un operador teórico convenientemente utilizado como reemplazo de la categoría de clase social y, con ello, también el desplazamiento a un lugar marginal del carácter capitalista de la sociedad contemporánea²⁶, puesto que en todos los casos se trata de corrientes de análisis que suponen varios de los cambios producidos en el mundo del trabajo y de la sociedad de aquél período como las condiciones de emergencia de una sociedad de tipo *postindustrial*, de modo que la lógica de la acción colectiva se ha metamorfoseado, *necesariamente*, junto con la sociedad capitalista contemporánea en su conjunto.

No es nuestra intención, llegado este punto (tal y como hemos adelantado al inicio) ahondar en esta polémica, pero resulta insoslayable consignar que existe una polémica de largo alcance en torno de si la matriz conceptual que remite a la protesta social y los movimientos sociales resulta excluyente o alternativa al movimiento de la sociedad pensado en términos de enfrentamiento social y de lucha de clases, es decir, en torno de las conceptualizaciones realizadas primeramente por Marx y Engels.

²⁴ “...El poder de los movimientos se pone de manifiesto cuando los ciudadanos corrientes unen sus fuerzas para enfrentarse a las elites, a las autoridades y a sus antagonistas sociales. Crear, coordinar y mantener esta interacción es la contribución específica de los movimientos sociales...”; Tarrow, S.; “El poder en movimiento”; *op.cit.*; p.17.

²⁵ “...tres factores que están íntimamente relacionados con la naturaleza de proceso en constante cambio de los movimientos: 1) los medios a través de los cuales surge la identificación personal entre actores sociales y metas del movimiento cambian constantemente; 2) los actores no pertenecen a una categoría social única ni mantienen su actitud durante toda la vida; 3) la forma tradicional de militar en un movimiento, cuya mejor expresión era la militancia en los partidos de vanguardia de la clase obrera, ha cambiado como consecuencia de la quiebra de esta última y el predominio de las formas flexibles de participación, que no suelen implicar compromisos como los que establecía aquella...” Laraña, E. [1999]; “La construcción de los movimientos sociales”; Alianza; Madrid; p.202.

²⁶ Viguera, Aníbal; “Movimientos sociales y lucha de clases”; *op.cit.*; p.10. También Tarrés, María Luisa; “Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva”; en: Estudios Sociológicos, Vol.20, N°30, Septiembre – Diciembre; 1992; p.735.

Más allá de que en muchos casos se trata de la observación de fenómenos sociales más o menos coincidentes, aunque desde matrices epistemológicas diversas²⁷, lo cierto es que la temática de los nuevos movimientos sociales, al menos en nuestro país, ha conquistado una relevancia académica que ha terminado por eclipsar fuertemente a la teoría marxista en dichos ámbitos: el encumbramiento de la teoría de los nuevos movimientos sociales se ha dado en términos de casi desaparición de la teoría marxista.²⁸

6. Las nociones fundamentales en el enfoque de la movilización de recursos y de los nuevos movimientos sociales

De los múltiples efectos que produjeron las luchas sociales y políticas de los años '60 y '70, destacamos entonces la revitalización y reorientación teórica en torno de la investigación respecto del movimiento social y la protesta política.

Según Richman y Fernández Buey, la constelación de estudios sobre la acción colectiva y los movimientos sociales pueden agruparse en dos enfoques mayoritarios: la *escuela norteamericana*, que pone el acento en los componentes racionales y estratégicos en la movilización de recursos, y la *escuela europea* sobre los nuevos movimientos sociales, enfocados en los nuevos conflictos e identidades puestas en juego en los fenómenos de movilización social.²⁹

En el caso de la *escuela norteamericana*, el abordaje de las acciones colectivas de protestas propias de la sociedad postindustrial se ha configurado en torno de una perspectiva que las define, fundamentalmente, como formas racionales e instrumentales impulsadas por *individuos organizados* que gestionan la “movilización de recursos” humanos, materiales, logísticos (tales como dinero, dirigentes o activistas, medios de comunicación, redes sociales preexistentes o personajes públicos influyentes que los apoyen, etc.), para obtener un fin.³⁰ De allí que este enfoque haya priorizado la explicación de la participación de los individuos que deciden actuar, colectivamente, en movimientos orientados hacia alguna presión y/o demanda en particular.

Así, y dejando a un lado la centralidad de los cambios que producían mayores tensiones sociales, esta escuela se enfoca en subrayar la relevancia de las dinámicas internas de los movimientos y la eficacia, en una perspectiva racionalista, con que el movimiento utiliza los recursos de los cuales disponen, sus capacidades de adaptación a coyunturas diversas, cuyos logros están supeditados al conflicto de intereses que se plasman en relaciones de

²⁷ Izaguirre, Inés; “Editorial” a *Revista Conflicto Social. Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social*; Instituto de Investigaciones G. Germani; FSOC UBA; Año 2, número 1; Junio de 2009; p.5.

²⁸ Izaguirre, Inés; “Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el discurso académico” [2006]; en Revista “*Crítica de Nuestro Tiempo*”; Año XV, n° 34, pp. 100-115.

²⁹ Riechmann, J. y Fernández Buey, F.; “*Redes que dan libertad*”; *op.cit.*; p.23.

³⁰ Craig Jenkins, J. [1994]; “*La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales*”; en *Zona Abierta*; n° 69; pp. 5/50.

poder institucionalizadas. Esta perspectiva registrará, en síntesis, la variación de los recursos utilizados por los movimientos, el grado de condicionamiento del apoyo de diversos sectores de la sociedad y la relación establecida por las autoridades en su pretensión por controlar o incorporar a aquellos movimientos.³¹

Esta lectura, que podríamos denominar de *racionalidad utilitarista* –en cuanto a la maximización consciente de elementos que se desplegarían para obtener un fin beneficioso para la totalidad de un grupo-³², encuentra su variable explicativa de la acción colectiva en la existencia de grupos organizados, que pueden apropiarse y movilizar recursos en función de sus fines, y de allí que se aplica fundamentalmente para aquellas estructuras organizativas de grupos preexistentes, con fuerte centralización en su estructura interna.³³

El problema de la movilización social es construido entonces pensando en una población que pretende la modificación de algunos elementos de la estructura social y/o de la distribución de recursos sociales³⁴, dejando en un plano secundario el contexto histórico en el que se desarrollan³⁵, concentrando la mirada en cómo se organizan esos movimientos, la relevancia de los actores que se valen del cálculo racional de recursos y oportunidades para decidir actuar colectivamente (y modificar parcialmente la sociedad), así como el alcance y las limitaciones en la obtención de respuestas a sus demandas.

Algunos autores han considerado que concentrarse en las motivaciones individuales que llevan a los sujetos a participar en un movimiento social es una lectura insuficiente, pues deja sin respuesta el problema central: la acción colectiva tiene lugar entre grupos y organizaciones, y no entre individuos.

Por ello, han intentado aportar otras variables para complementar y/o ampliar la atención prestada a los recursos del movimiento, pues decir que los individuos se comportan racionalmente al buscar maximizar sus utilidades o beneficios a través de la acción colectiva, es aún una descripción, antes que una explicación de la acción colectiva misma.³⁶

³¹ Mc Adam, D.; Mc McCarthy; J. y Zald, M. (Comp.); “*Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*”; Istmo; Madrid; 1999.

³² Pizzorno, A. [1994]; “*Identidad e Interés*”; en *Zona Abierta* n° 69; pp. 135/152.

³³ Craig Jenkins, J. [1994]; “*La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales*”; op.cit.; p.12.

³⁴ Mc Adam, D.; Mc McCarthy; J. y Zald, M. (Comp.); “*Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*”; op.cit.

³⁵ Riechmann, J. y Fernández Buey, F.; “*Redes que dan libertad*”; op.cit.; pp.24/25.

³⁶ Entre varias críticas a las insuficiencias de este enfoque tenemos la de Tarrow, quien plantea que *movimiento social y movimiento de interés* no son idénticos: el movimiento social debe resolver el problema de la coordinación a partir de motivaciones heterogéneas, en tanto que el movimiento social, antes que una organización con dirigentes y base, es un conjunto de interacciones entre unidades menores, de cuyo resultado aparece lo que el resto de la sociedad denomina *movimiento social*. Tarrow, S.; “*El poder en movimiento*”; op.cit.; pp.44/46.

En ese contexto de búsqueda, se ha intentado ampliar el instrumental analítico incorporando el concepto de “*repertorio de la acción colectiva*”, así como el contexto político a través de la noción de “*estructura de oportunidades políticas*”. Con ello, la acción colectiva deja de estar acotada a los recursos materiales para ser situada ahora en un contexto político preciso, donde las *modalidades de protesta no institucionalizadas*, esto es, formas de lucha que son consideradas en su carácter eficazmente disruptivo³⁷, y las fisuras/disputas que debilitan la organización social del estado, son un dato esencial en su propio desarrollo como movimiento, en tanto suponen “oportunidades” para el desarrollo de la acción colectiva.

En esa perspectiva, uno de los autores que amplió la utilidad empírica de dicha noción es Sidney Tarrow, quien a través de este concepto incorpora el análisis de las estructuras sociales, el Estado, otros grupos organizados que pueden ser posibles aliados y/o adversarios, la unidad o división *intra* e inter elites respecto de los reclamos sociales, la coexistencia de varios movimientos en un mismo ciclo de protesta, las crisis económicas, entre otros aspectos relevantes.³⁸ Al decir del propio Tarrow, la explicación de la acción colectiva tiene que abarcar “...*de la toma individual de decisiones a la colectiva; de modelos macroeconómicos sencillos a opciones social e históricamente enraizadas; y de dinámicas particulares a la dinámica de la lucha política...*”³⁹

En esa dirección, nuestro autor establece una tipología respecto de las formas que adquieren las acciones colectivas de protesta que contempla: 1) las acciones violentas, que son las más antiguas y relativamente fáciles de realizar, puesto que implican un menor grado de organización (aunque, según Tarrow, son menos efectivas ya que desatan procesos represivos)⁴⁰; 2) Las acciones organizadas y convencionales, generalmente no violentas y

³⁷ En nuestro país, por ejemplo, el concepto de *repertorio de la acción colectiva* es ampliamente utilizado para constatar una serie de elementos disponibles y efectivos como “saqueos”, “cortes de ruta”, “asambleas populares”, “fábricas recuperadas” y otro tipo de modalidades de protesta social provenientes de sectores subordinados que contrastarían frente a otras “tradicionales”, como las huelgas o tomas de fábrica y/o lugares de trabajo, concernientes principalmente a la acción sindical. Al respecto, un ejemplo ilustrativo de las mutaciones de la protesta social son algunas de las formas de lucha relevadas para el período argentino 2000-2009 en Antón, G.; Cresto, J.; Rebón, J. y Salgado, R.; “*Una década en disputa. Apuntes sobre las luchas sociales en la Argentina*”; en Modonesi, M. y Rebón, J. (compiladores) [2011]; “*Una década en movimiento. Luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI*”; Clacso-Prometeo Libros-FCS y FyL UBA; Bs.As.; 2011; pp.19/44.

³⁸ Otros autores han contribuido en la misma dirección: “...*En la idea de expansión de las oportunidades políticas engloba cambios en las instituciones, en las realineaciones políticas informales o en la capacidad represora de un sistema político. Estos cambios reducen, significativamente, la disparidad de poder existente entre el Estado y los grupos de protesta...*” Mc Adam, D. [1999]; “*Orígenes terminológicos, problemas actuales, futuras líneas de investigación*”; en Mc Adam, D.; Mc McCarthy, J. y Zald, M. (Comp.); “*Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*”; *op.cit.*; p.60.

³⁹ Tarrow, S.; “*El poder en movimiento*”; *op.cit.*; pp.35/36.

⁴⁰ El autor se refiere a ciclos de protesta y menciona estrictamente manifestaciones y/o revueltas, sin introducirse en lo variable de las relaciones de fuerza desplegadas durante, por ejemplo, procesos

de grandes proporciones en donde se reúnen multitudes con estrechos lazos de solidaridad, como las huelgas o manifestaciones pacíficas con objetivos económicos; 3) finalmente menciona las acciones colectivas disruptivas, que se basan fundamentalmente en la generación de incertidumbre hacia las elites, es decir, no son violentas pero pueden llegar a serlo y se mantienen en un lapso poco determinado de tiempo en el que se emplean mecanismos de manifestación poco convencionales.⁴¹

Ahora bien. Hemos dicho anteriormente que la escuela europea pone el acento en la investigación de cómo se constituyen las identidades y redes de relaciones solidarias en torno de las acciones colectivas, así como a través de qué formas se constituye un sujeto colectivo que trasciende a esas mismas acciones. De modo que estos enfoques tratan de responder el porqué de las acciones colectivas en un momento histórico en que, hemos comentado ya, comienza a dejarse atrás en los ámbitos académicos un “viejo paradigma” en el que la clase obrera era considerada, hasta entonces, sujeto protagónico del conflicto y el cambio social.

Sin embargo, Tarrow reconoce que los primeros que se ocuparon de los problemas teóricos vinculados a la acción colectiva y los movimientos sociales fueron Marx y Engels, fundamentalmente en lo que refiere a los procesos de conformación de lo que contemporáneamente se denomina actores colectivos (las clases sociales), así como de sus formas de acción (sus luchas).

En relación con ello, este autor ofrece un balance de lo producido por Marx, Lenin y Gramsci, tres teóricos, según Tarrow, de la “acción colectiva”: “...Cada uno de estos tres teóricos hacía hincapié en un elemento diferente del fundamento estructural de la acción colectiva. Marx escribió sobre las contradicciones o divisiones fundamentales de la sociedad capitalista, que generaban la capacidad de movilización; Lenin sobre la organización necesaria para estructurar el movimiento e impedir su dispersión en pequeñas demandas corporativas; y Gramsci sobre el fundamento cultural necesario para obtener un amplio consenso en torno a los objetivos del partido...”⁴²

Interesa destacar de la descripción analítica que ofrece Tarrow, que los denominados *nuevos movimientos sociales* están caracterizados por mayores grados de espontaneidad y por objetivos de movilización que integran un conjunto de “nuevos problemas” por los cuáles movilizarse: género, derechos humanos, ecología, y otros: “...*el centro de atención ha pasado de la clase social al hecho, esencial para los economistas políticos, de que los individuos busquen mejoras marginales en sus respectivas vidas...*”⁴³

revolucionarios donde la violencia no sólo es efectiva y organizada sino que permite el cambio de estructuras políticas, sociales y económicas de una sociedad.

⁴¹ Tarrow, S.; “*El poder en movimiento*”; op.cit.; cap.6: *La acción colectiva*; pp.179/206.

⁴² Tarrow, S.; “*El poder en movimiento*”; op.cit.; pp.39/40.

⁴³ Tarrow, S.; “*El poder en movimiento*”; op.cit.; p.41.

Por ello, en relación a la organización, en lugar del partido centralizado de Lenin, surgen “*estructuras de movilización más elásticas*”; el reemplazo del intelectual orgánico gramsciano por “*marcos culturales más amplios y menos controlables*”, y también el reemplazo del “*oportunismo político táctico*” de Lenin y Gramsci por “*una teoría más estructural de las oportunidades políticas*”.⁴⁴

De este modo, el eje del análisis se traza ahora sobre la conformación particular de identidades que, mediante el involucramiento personal y afectivo, se constituyen como organizaciones –identidades colectivas- con cierta continuidad en el tiempo y extensión en el espacio, en tanto los movimientos sociales se constituyen en formas de percepción compartidos en las que se reafirman identidades sociales. De allí la centralidad de una nueva pregunta esencial: “...*el problema llegó a resumirse no en cómo luchan las clases y los estados gobiernan, sino en cómo es posible siquiera la acción colectiva en aras del bien común entre individuos que se guían por mezquinos intereses personales...*”⁴⁵

Este último señalamiento amplía el abanico de abordajes que suponen ambos enfoques, pues si bien Tarrow insiste en la importancia de las variables políticas, lo cierto es que el contenido de varios movimientos sociales parece vincularse más con lo cultural, o por lo menos esa dimensión constituye su campo fundamental de conflicto.

Cobra nueva relevancia entonces la dimensión simbólica⁴⁶, aspecto muchas veces fundamental en las demandas y en la legitimación de los movimientos sociales que logran anclaje en los intersticios de la política y de lo político⁴⁷, en tanto los individuos pueden construir identidades sociales a partir de sentidos compartidos en los procesos de movilización social y acción colectiva. De allí que algunos autores, incluso, subrayen la importancia de las *redes* de la vida cotidiana como ámbitos donde se constituyen los sentidos colectivos en *forma previa* al movimiento social mismo o, dicho de otro modo, las

⁴⁴ Tarrow, S.; “*El poder en movimiento*”; *op.cit.*; p.40.

⁴⁵ Tarrow, S.; “*El poder en movimiento*”; *op.cit.*; p.41.

⁴⁶ Melucci, por ejemplo, señala como una dimensión muy significativa respecto de los nuevos movimientos sociales: “...*las que se relacionan con la creación de modelos culturales y retos simbólicos. Estas dimensiones no pueden percibirse en el nivel político y necesitan para ser detectadas de un enfoque metodológico diferente...*” Melucci, Alberto; “*Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales*” [1994]; *Revista Zona Abierta*; n°69; p.166.

⁴⁷ “...*En la actualidad, son objeto de control social y de manipulación unas dimensiones de la vida que eran tradicionalmente consideradas como «privadas» (el cuerpo, la sexualidad, las relaciones afectivas), o «subjetivas» (procesos cognitivos y emocionales, motivos y deseos), e incluso «biológicas» (la estructura del cerebro, el código genético, la capacidad reproductora) [...] en relación con esos aspectos de la vida donde surgen las demandas de autonomía que impulsan la acción de individuos y grupos, donde éstos plantean su búsqueda de identidad al transformarlos en espacios reapropiados donde se autorrealizan y construyen el significado de lo que son y lo que hacen...*” Melucci, A. [1994] “¿Qué hay de nuevo en los «nuevos movimientos sociales?»” en Laraña, E. (editor); “*Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*”; Centro de Investigaciones Sociológicas; Madrid; 1994; pp.119/120.

redes sociales de la vida cotidiana operan como condición de posibilidad de la acción colectiva.⁴⁸

7. Conclusiones finales

Hemos repasado sumariamente algunas de las perspectivas teóricas con las que contamos en la investigación social para comprender con mayores grados de precisión el conflicto y el cambio social, comentando además que, si bien predomina la incomunicabilidad entre los diferentes enfoques, los esfuerzos por un diálogo fructífero se han desarrollado, fundamentalmente, entre la escuela norteamericana y europea, en detrimento de las vinculaciones posibles con el funcionalismo y el marxismo.

Por supuesto, reconocemos que las categorías analíticas propias de las ciencias sociales adquieren determinados significados en relación con las perspectivas teóricas y de investigación en las que se insertan, por lo que empalmar o hacer coincidir enfoques diversos, a modo de síntesis, no siempre es realizable pues la simple sumatoria de aportes no resulta una empresa posible en tanto se parte de supuestos epistemológicos diferentes entre sí y, por tanto, si el abordaje se realiza desde supuestos ontológicos distintos, los objetos resultan diferentes también.⁴⁹

Sin embargo, más allá de la relevancia explicativa de uno u otro paradigma, quizás se trate de una reformulación epistémica del problema, tal como propone la teoría relacionista, esto es, una teoría que centre su atención en las *relaciones sociales* que son el soporte de actores, acciones, identidades, movimientos y luchas sociales: “...*el cambio social consiste en la «emergencia» de realidades sociales cuyo motor son sujetos (individuales o colectivos) que están en relación entre sí dentro de un contexto determinado...*”⁵⁰

El movimiento de lo social implica, necesariamente, una crítica al orden social existente y la posibilidad de constitución de nuevas identidades como desafío simbólico y, en su devenir, también un desafío material tendiente a establecer cambios sociales que ponen de relieve contradicciones que de otro modo no se podrían visibilizar. Por tanto, la atención en torno de las demandas sociales y su vinculación con la conformación de los movimientos permitiría localizar la naturaleza y/o características de las relaciones sociales que los sujetos identifican críticamente con su práctica colectiva.

⁴⁸ “...los movimientos sociales contemporáneos pasan a centrarse en unas áreas o redes de relaciones sociales que se establecen entre personas y grupos sin visibilidad pública, sumergidos en la vida cotidiana. En esas redes se gestan nuevas formas de relación interpersonal y estructuras de sentido que tienen carácter alternativo a las que predominan en la sociedad [...] En esas redes informales y en las fases de latencia de un movimiento se construye la identidad colectiva de un movimiento...”Laraña, E.; “La construcción de los movimientos sociales” [1999]; Alianza; Madrid;p.199.

⁴⁹ Donati, Pierpaolo; “Pensamiento sociológico y cambio social: hacia una teoría relacional” [1993]; en REIS; n°63; p.34.

⁵⁰ Donati, Pierpaolo; “Pensamiento sociológico y cambio social: hacia una teoría relacional”;*op.cit.*; p.34.

En relación a ello, resulta relevante al estudiar el movimiento de lo social cómo se constituyen los movimientos sociales, a través de qué tipos de temporalidades, los diversos repertorios creados y re-creados en la contienda, a través de qué redes sociales subterráneas (que operan como retaguardia cuando se trata de períodos o momentos de no movilización) los movimientos permanecen, que significados producen para enfrentarse a la autoridad política constituida, es decir, las subjetividades colectivas y los sujetos sociales que se reconfiguran en el desenvolvimiento mismo del movimiento, así como los procesos de construcción de identidades colectivas involucrados en los modos de acción colectiva contemporáneas.

Pero además quedan pendientes algunos otros interrogantes: ¿son tan nuevas estas personificaciones en el conflicto social? ¿Cuán diluidas quedaron las contradicciones de clases consideradas *clásicas*? ¿Qué tan desplazados quedaron los sindicatos o los trabajadores ocupados en el período actual del capitalismo mundial? ¿Debemos referirnos *siempre* a una renovación real de esa escena, y del ingreso de actores absolutamente nuevos? El problema central quizás no sea tanto reconocer la diversidad de los conflictos y de los sujetos que allí participan –multiplicidad que ciertamente existe y que necesariamente debe ser abordada en su especificidad–, sino el carácter histórico que se les da (o se les quita, forzosamente) a los sujetos y los conflictos que protagonizan.

Como señala Donati, “...muchas aporías de las teorías sociológicas a propósito del cambio social pueden resolverse sólo desde una aproximación al problema que, en vez de excluir la relación social o tratarla en un camino derivado (de individuos o estructuras), incluya, en cambio, la relación social como forma constitutiva del cambio social: la relación es el «tercer elemento incluido en», no el tercer elemento excluido de todo lo que acontece en la sociedad y que hace la historia. La historia se vuelve historia de las relaciones sociales y de su específico espacio-tiempo”.⁵¹

Y es justamente esta, la primera determinación que aparece en la teorización marxengelsiana acerca de las clases sociales: su formulación del problema de la definición de la clase, tomándola como parte de una totalidad, en *relación* con otras clases: la matriz analítica de Marx y Engels propone pensar las clases sociales desde una perspectiva relacional, es decir, que las clases se analizan dentro de unas relaciones sociales en referencia *siempre* a otras clases.

Por ello, tal vez sea tiempo de pensar actores y repertorios de “los nuevos movimientos sociales” como fenómenos colectivos diversos, fragmentarios o incluso efímeros, en su plena significación sociológica y política desde la perspectiva relacional de la lucha de

⁵¹ Donati; p.46. Aquí conviene aclarar que Donati “recupera”, entre los teóricos clásicos de la sociología, la noción de sociedad en Simmel, quien definía a la misma de dos maneras interrelacionadas: *como individuos socializados* que constituyen la sociedad, de una parte; como formas de relación por medio de las cuales los individuos se socializan. Al respecto, Donati; p.41.

clases, es decir, desde aquella mirada que procura captar desde la totalidad, los complejos entramados relacionales de dominación y resistencia, de reproducción y disrupción de las relaciones sociales que, inevitablemente atraviesan a los “nuevos” como a los “clásicos” movimientos sociales. Es aquí donde se interrumpe el presente escrito, y se inicia la promesa del próximo.

Referencias bibliográficas

- Adorno, T., “*Introducción a la sociología*” [1968]; Editorial Gedisa; Barcelona; 2006.
- Alcañiz, M. M. (2004); “*Genealogía del cambio social*”; en *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*; año/vol.3; n° 2.
- Alexander, J. “*Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*”; Editorial Gedisa; Barcelona; 1995.
- Álvarez Uría, F.; Varela, J. “*Sociología, capitalismo y democracia. Génesis e institucionalización de la sociología en Occidente*”; Editorial Morata; Madrid; 2004.
- Antón, G.; Cresto, J.; Rebón, J. y Salgado, R.; “*Una década en disputa. Apuntes sobre las luchas sociales en la Argentina*”; en Modonesi, M. y Rebón, J. (compiladores) [2011]; “*Una década en movimiento. Luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI*”; Clacso-Prometeo Libros-FCS y FyL UBA; Bs.As.; 2011.
- Bottomore, T. “*Crítica de la sociedad*”; La Pléyade; Bs.As.; 1970.
- Bottomore, T.; Nisbet, R. (comps.); “*Historia del análisis sociológico*”; Amorrortu; Bs.As.; 1988.
- Coser, L. “*Las funciones del conflicto social*”; FCE; México; 1961.
- _____ “*El conflicto social y la teoría del cambio social*”; en “*Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*”; Amorrortu; Bs.As.; 1970.
- _____ “*Corrientes sociológicas de los Estados Unidos*”; en Bottomore, Tom y Nisbet, Robert; *Historia del análisis sociológico*; Amorrortu; Bs.As.; 1988; pp. 327 – 363.
- Craig Jenkins, J. [1994]; “*La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales*”; en *Zona Abierta*; n° 69.
- Dahrendorf, R. “*Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*”; Rialp Ediciones; Madrid; 1962.
- Duek, C.; Inda, G. “*¿Desembarazarse de Marx? Avatares del concepto de clases sociales*”; en *Revista Conflicto Social. Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social*; Instituto de Investigaciones Gino Germani; FSOC UBA; Año 2, número 1; Junio de 2009.
- Donati, P. “*Pensamiento sociológico y cambio social: hacia una teoría relacional*” [1993]; en REIS; n°63.
- Giddens, A. “*El capitalismo y la moderna teoría social*” [1971]; IdeaBooks; Barcelona; 1998.
- Izaguirre, I. “*Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el discurso académico*” [2006]; en *Revista “Crítica de Nuestro Tiempo*”; Año XV, n° 34.

Tedesco, J. C. 2018. Clases sociales, conflictividad social y teoría sociológica. Una senda a retomar. *Red Sociales, Revista del Departamento de Ciencias Sociales, Vol. 05 N° 02*: 96-117.

Laraña, E. (editor); “*Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*”; Centro de Investigaciones Sociológicas; Madrid; 1994.

Laraña, E.; “*La construcción de los movimientos sociales*”; Alianza Editorial; Madrid; 1999.

Laurin-Frenette, N. “*Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa*”; Editorial Siglo XXI; Madrid; 1989.

Mc Adam, D.; Mc McCarthy, J. y Zald, M. (Comp.); “*Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*”; Istmo; Madrid; 1999.

Melucci, A. “*Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales*” [1994]; Revista Zona Abierta; n°69.

Nievas, F. “*Marx y Engels: una compleja teoría abierta*”; Revista de Conflicto Social; Instituto de Investigaciones Gino Germani; Facultad de Ciencias Sociales; UBA; Año 1, N° 0; Noviembre 2008.

Piaget, J. “*Estudios sociológicos*”; Editorial Planeta – De Agostini; Barcelona; 1986.

Piaget, J. y García, R.; “*Psicogénesis e historia de la ciencia*”; Siglo XXI Editores; México; 2004.

Piccinini, D. [2009]; “*De regreso a Ítaka: las clases sociales en el capitalismo actual*”; en Goldwasser, B., Néspolo, E. y Ramos, M. (Editores) *Espacios, tiempos y sociedades*; Año I; n°1; Departamento de Ciencias Sociales; UNLu.

Pizzorno, A. [1994]; “*Identidad e Interés*”; en Zona Abierta n° 69.

Riechmann, J.; Fernández Buey, F.; “*Redes que dan libertad*”; Editorial Paidós; Barcelona; 1994.

Schuster, F. et al. “*Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003*”; Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA; Documento de Trabajo n°48; Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPSAC); Mayo de 2006.

Tapia, L. “*Política salvaje*”; CLACSO; La Paz; 2008.

Tarrés, M. L.; “*Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva*”; en: Estudios Sociológicos, Vol.20, N°30, Septiembre – Diciembre; 1992.

Tarrow, S.; “*El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*”, Alianza Editorial; Madrid; 1997.

Tilly, C. y Wood, L. “*Los movimientos sociales, 1768 – 2008. Desde sus orígenes hasta Facebook*”; Editorial Crítica; Barcelona; 2009.

Therborn, G. “*Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y el materialismo histórico*”; Editorial Siglo XXI; Madrid; 1980.

Viguera, A. “*Movimientos sociales y lucha de clases*”; en Revista Conflicto Social. Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social; Instituto de Investigaciones Gino Germani; FSOC UBA; Año 2, número 1; Junio de 2009.

Zeitlin, I. “*Ideología y teoría sociológica*”; Amorrortu; Bs.As.; 1970.

Tedesco, J. C. 2018. Clases sociales, conflictividad social y teoría sociológica. Una senda a retomar. *Red Sociales, Revista del Departamento de Ciencias Sociales, Vol. 05 N° 02*: 96-117.

Zofío Vidal, R. [2009]; “*El objetivismo sociológico y el problema del conflicto social: la perspectiva de Emilio Durkheim*”; en Goldwaser, B., Néspolo, E. y Ramos, M. (Editores) *Espacios, tiempos y sociedades*; Año I; n°1; Departamento de Ciencias Sociales; UNLu.